

El sentimiento de la vida continua

MIGUEL ESCUDERO*

Una característica del panorama intelectual español del siglo XX ha sido el aprovechamiento educativo de los artículos de prensa. Excelentes pensadores han recurrido a este medio no sólo como una fuente de ingresos económicos (mínimos, en no pocas ocasiones), sino como un modo eficaz de comunicarse con un público lector, hasta hacérselo *suyo*. Guillermo Díaz-Plaja consideraba este fenómeno del periodismo en España como “una acción de magisterio y de cátedra abierta, a medio camino entre la universidad y la tertulia”. Por su parte, Julián Marías ha calificado esa plataforma como excelente para “influir, transformar, educar hacia la filosofía, ‘convertir’ a ella”.

Se puede citar un buen número de volúmenes de pensamiento confeccionados con rigor, esmero y talento, los cuales previamente han pasado por las imprentas de los periódicos. Hay que hablar, por consiguiente, de una convergencia real y gozosa entre los mundos universitario y periodístico. Para Marías, es función de la escuela enseñar a hablar, de forma complementaria a leer y escribir, mientras que la función primaria (no única) de la universidad es enseñar a pensar. Así, cuando Ortega confesaba que su propósito intelectual había sido “la involución del libro hacia el diálogo”, manifestaba su concepto de cultura como *esfuerzo por potenciar la propia vida*, una vida

* Profesor de Matemática Aplicada de la Universidad Politécnica de Cataluña.

que merezca llamarse humana; a fin de cuentas, se piensa con la vida.

En 1930, antes de la expansión de las radios y televisiones (Ferrater Mora llegó a decir que sin el poder de los *actuales* medios de comunicación no se explicaría mucho más que la mitad de la historia contemporánea), Ortega sostenía que los periódicos eran, por su propia naturaleza, el lugar donde más pronto y más claramente se manifestaba lo falso de cada época. Por eso cabía desprenderle a la prensa ese carácter enemigo de la autenticidad. Predicó con el ejemplo en tierra de infieles, y durante años exclusivamente escribió artículos de periódico; su “género literario capital”, ha dicho Marías. Para éste las exigencias “literarias” de los artículos, entre ellas la brevedad y el estilo, han sido positivas en extremo. Ha recordado que Ortega introdujo en España y en América el “folletón” intelectual, “denso de doctrina, apasionante de lectura, de forma acabada, de prosa suculenta, cuyos nudos ‘argumentales’ dramáticos —con el dramatismo de la doctrina— constituían su nervio dialéctico en el sentido auténtico de la palabra y permitían las largas series conexas que terminaron por ser libros”.

La estructura de los artículos de Ortega buscaba, ha señalado Marías, conciliar la brevedad con su convicción de que toda opinión justa es larga de expresar. El filósofo *alción* ha analizado el fundamento del *artículo filosófico*, en cuanto género: “si no se trata de una unidad ‘suficiente’, no es un artículo; si no está presente en él la doctrina filosófica general que permite su articulación sistemática con lo demás, no es *filosófico*, por muchas ideas que contenga”. Esta clase de artículos son autónomos pero conexas. Su acumulación en la mente del lector *iniciado* (todo buen lector no renuncia a su condición de aprendiz) produce un efecto de suma que trasciende del contenido concreto de cada artículo. “El resultado era —sigue Marías refiriéndose a Ortega— la

constitución de la doctrina como tal, con su unidad interna, y entonces cada uno de sus elementos o ingredientes venían a ocupar automáticamente un puesto en el organismo superior así formado”, ahí reside el arte de esa escritura y su idoneidad para transformar sus colecciones en libros. Late, pues, en ese género periodístico la aspiración a orientar las vivencias del lector, disparar sus asociaciones y ayudarle a recapitular.

Todo escritor es un permanente lector. C.S. Lewis, el escritor nacido en Belfast hace ahora un siglo, opinaba que nunca era *más él* que cuando leía, así al relacionarse con la *gran* literatura decía convertirse en mil personas diferentes y continuar siendo él (como un buen actor). Para interpretar el drama de nuestra vida no nos sobran perspectivas, nuestros ojos no bastan. Escritor y lector están llamados a formar fraternidad. Para Lewis lo que salva a un libro es tener *un solo* buen lector, cuando menos, alguien con buena fe y buena disposición a hacer de su lectura una obra de arte. Ese buen lector puede llegar a funcionar como crítico literario y facilitar a otros lectores momentos de “buena lectura”, captar las esencias de los mejores perfumes, tonificando y embelleciendo su vida personal (leo a un excelente crítico musical que Beethoven distinguía al buen oyente porque aspiraba a elevarse por encima de sí mismo a través de la música).

Julián Marías acaba de publicar dos colecciones de artículos de prensa: *El curso del tiempo*, en dos volúmenes; y *La España real*, en un mamotreto (nada provisional) de más de setecientas páginas donde ha sido reordenada la serie de cuatro volúmenes que comenzó a escribir hace veinticinco años, y a publicar todavía en vida de Franco. Esta obra fue definida por su autor como *prepolítica*, pues partía con el propósito de ayudar a que la política volviese a ser posible en España, una política que “consiste en expresar lo que es” y que supone plantear adecuadamente los

problemas reales. La política democrática por él fomentada persigue la organización social de la libertad, un liberalismo no individualista. Para Marías hay libertad cuando se respeta la realidad. Y lo primero que hay que respetar, porque es la clave de toda realidad, es la condición humana.

El liberal Marías considera que, siendo importantísimo que *haya libertad*, es todavía más importante *ser libres*; porque si esto es así, siempre hay *alguna* libertad: la que uno se toma. Él no quiso “meterse” en política, pero ejerció intensamente una función política en cuanto intelectual: desactivar lo que consista en *viciar todo raciocinio de antemano*. Cuando esta tarea se hace con inteligencia y valor, se logran algunos enemigos con poder para desprestigiar o silenciar con encono. Pero quien hace, como Marías ha hecho en su vida, renuncia expresa a tener *buena fama* (palpable, pero efímera y falsa), no se inmuta. Su apuesta ha sido siempre por el futuro, a él ha confiado su obra envuelta en el sentimiento de la vida continua. En todo cuanto escribe o dice invoca al lector u oyente en su raíz personal, queriendo hacerle sentir la necesidad de una perspectiva propia y *radical*, constituida con experiencia histórica y que precisa, por tanto, de tiempo, entereza y rigor. Es fundamental actuar teniendo en cuenta la realidad y sabiendo *esperar*, “la gran palabra, clave de la vida humana”.

Algunas de las propuestas de Marías fueron menospreciadas, pero el paso de los años las ha vuelto a colocar en el candelero, incluso por parte de algunos que las rechazaron en su día y que evidentemente no se acuerdan del filósofo que llegó al Senado. Así, por ejemplo, reclamó que las listas electorales fuesen abiertas y no cerradas y bloqueadas (que es un modo de despersonalizar al elector), también razonó la conveniencia de que el Senado fuese una cámara regional, o de las autonomías, y no de representantes provinciales. Alertó asimismo sobre la operación emprendida para

desencantarnos de nuestras posibilidades nacionales y recalcó que la democracia no debe ser mirada como una panacea (creencia que lleva a la frustración), sino como un método para plantear problemas, no para resolverlos. ¿Qué quedará de lo que estamos leyendo ahora?, exclamaba Marías hace veinte años, mientras se preguntaba cuántos comentaristas se atrevían entonces a recordar o reimprimir, lo que habían dicho un par de decenios atrás. Creo que la afición de Julián Marías a autocitarse se encuentra aquí mejor explicada que alegando razones de vanidad. En este sentido, la experiencia de su amigo y maestro Ortega fue determinante. Desmemoriados y malintencionados decidieron, por esnobismo o por razones políticas, desconocer las importantes aportaciones de Ortega al pensamiento, y atribuyeron a otros pensadores alemanes y franceses la novedad de ideas formuladas muchos años antes, y *con otro espesor*, por el filósofo español. Marías pudo captar así la importancia de reiterar por escrito las contribuciones más genuinas. Si el anhelo de dialogar e influir lleva al pensador a la prensa, el afán de *quedar* lo dirige al libro. La vida continúa.